

## **El Caudillo en Logrosán.** (Una visita de incógnito) Seudónimo: Gabriel Fauré.

Aquel martes, 17 de abril de 1945, un sol de primavera entraba a raudales en el despacho del alcalde, iluminando el teléfono de pared de baquelita negra, que tronaba con una insistencia machacona. En el pilón de la plaza, algunas mujeres llenaban sus cántaros de agua con cañas entre risas. Don Diego Ropero, que en ese momento ejercía su autoridad comentando la sequía con dos municipales cerca de la farmacia de don Juan Enríquez, sintió un pálpito eléctrico al escuchar el timbre, precipitándose en el despacho con la urgencia de quien acude a una cita con el destino.

—Diga. —¿Don Diego Ropero? Buenos días. Le llamo del Gobierno Civil. Le paso con el señor Gobernador.

Ropero se enderezó, ajustándose un cinturón que le apretaba tanto como su propia ambición. Tras un baile de voces y ruidos de centralita que le sonaron a gloria, emergió una voz engolada, de esas que parecen salir de un gramófono envuelto en terciopelo:

—¿Ropero? Soy el Gobernador. ¿Cómo está usted?

—¡Siempre a sus órdenes —exclamó Don Diego cuadrándose ante el aparato como si el gobernador pudiera apreciar el brillo de sus botas a través del cable.

—Bien, bien, verá, Ropero... le llamo por un asunto extremadamente delicado. Me consta su lealtad perruna al Caudillo y cuento por ello con su estricto sigilo. El alcalde tragó saliva. Lo de "lealtad perruna" le sonó a medalla pensionada.

—Pues verá, Ropero. Como ya sabe, el Caudillo vendrá a Cáceres el próximo jueves, 19 de abril. Pero es su deseo —un capricho de genio, ya sabe usted— trasladarse por la tarde, de riguroso incógnito, a un pueblo elegido al azar para comprobar *in situ* si el pueblo llano come o solo reza. Y hemos pensado que Logrosán es ese pueblo. No solo por su rápida adhesión al Movimiento Nacional desde el primer día, sino también por ese glorioso pasado minero, ese batolito de San Cristóbal y ese templo de San Mateo que le da un aire imperial que a Su Excelencia le encanta.

A Ropero casi se le saltan las lágrimas. "Batolito", "Imperial", "San Mateo"... las palabras del gobernador eran música celestial.

—Pero hay una condición inexcusable, Ropero —continuó la voz—. El secreto debe ser total. Ni la Guardia Civil, ni el párroco, ni su santa esposa han de enterarse de ello. Ese día por la tarde, un coche oficial aparcará discretamente en la plaza de Logrosán. Atiéndale usted solo o con alguien de su total confianza. Agasájele con lo que tenga, que el gran hombre viene fatigado de salvar a España, y procure que la intendencia esté a la altura de nuestro glorioso Caudillo.

Don Diego permaneció varios minutos con el auricular pegado a la oreja mucho después de que la línea se cortara. Ufano, salió al balcón. La bandera roja y gualda ondeaba grandiosa, con lo que él creyó que era un saludo personal. El pequeño mundo de Logrosán —los burros que pasaban cargados de forraje, las mujeres en el pilón, el empleado de la Banca Sánchez con manguitos apurando un pitillo en la puerta— le pareció de repente una maqueta insignificante que él, y solo él, iba a elevar a los altares de la Historia.

Tres días más tarde, aquel jueves 19 de abril, tras escuchar los discursos por la mañana en la capital, Roperó regresó a Logrosán en el taxi Ford V8 de Merino con el alma inflamada por las palabras del Generalísimo. Serían las cuatro de la tarde cuando entró en el salón de Plenos, convertido para la visita en un santuario de colesterol y patriotismo. La larga mesa de nogal soportaba una exposición de productos locales que habría hecho palidecer a un bodegón barroco: jamones que sudaban gloria, chorizos, patateras de un rojo herético, lomos embuchados, garrafas de pitarra y una legión de bollas de chicharrón, perrunillas y floretas. Todo había sido "donado" por los comerciantes locales bajo la sutil sugerencia de los municipales: "al que no colabore, se le revisarán los papeles". Junto a las viandas, Roperó había hecho apilar las armas del ayuntamiento, las mejores escopetas de los cazadores falangistas, engrasadas, brillantes y junto a ellas un cargamento de mantas, chambras y jerséis de lana requisados en el comercio de Diego Quirós o el de Los Peñas. Roperó comprobó que todo estuviera armoniosamente colocado a mayor gloria del Generalísimo.

El alcalde se hallaba atento en su despacho cuando, ya anochecido, un lujoso vehículo negro dobló la esquina del Bar Extremeño deteniéndose cerca del pilón. Don Diego, con el corazón martilleando contra las costillas, bajó a la plaza.

Se abrió la puerta trasera y descendió del coche un tipo con capote militar que caminó al encuentro del Alcalde con aire marcial.

—Soy el Teniente Coronel Ruiz, asistente del Generalísimo, —dijo saludando a un Roperó que se deshacía en reverencias— Su Excelencia no bajará. El frío de estas tierras le ha provocado una afonía de Estado y se halla agotado y sin voz. Puede usted saludarle en el interior del coche.

Roperó se acercó al automóvil y, casi gateando, introdujo medio cuerpo en el habitáculo, donde una figura rechoncha, hundida en una capa y con gorrillo isabelino con borla roja, calado hasta las cejas, le tendió una mano enguantada. Roperó la besó con el fervor de quien besa una reliquia, mientras el "Caudillo" emitía un gruñido gutural que el Alcalde interpretó como una bendición apostólica y romana.

—Su Excelencia está conmovido —dijo el Teniente Coronel Ruiz ya en el salón de plenos mientras echaba un vistazo de asombro a aquella feria agroalimentaria—. Pero para mantener el secreto de esta

misión, debemos cargar todas estas "muestras de adhesión y afecto" en el coche. Las armas y las mantas irán directamente al frente espiritual de la patria.

El municipal Luis Rico y Pepe el Sereno, gente de total confianza, solícitos y asombrados, cargaron los jamones, los fusiles y las mantas en el maletero y los asientos sobrantes, en un trajín casi militar. La suspensión del Hispano-Suiza bajó considerablemente por el peso del cargamento.

—Don Diego —dijo el Teniente Coronel, emocionado antes de subir—, el Caudillo quiere que le dé fe de su lealtad de una forma especial. Suba al balcón. Cante el *Cara al Sol* de cara a la sierra mientras partimos. No deje de cantar hasta que dejen de ver nuestras luces. Es su deseo expreso.

Henchido de un orgullo que casi no le cabía en el pecho, Roperó subió al balcón. En la plaza desierta, apenas iluminada por unas bombillas amarillentas que daban al cuadro un aire de pesadilla, el Alcalde empezó a berrear el himno con los ojos cerrados, entregado al éxtasis: «...volverán ban-deras victoriooooooosas...»

El Hispano-Suiza que horas antes habían birlado en el cortijo trujillano del marqués de Torres-Cabrera, arrancó con un rugido, llevándose el sustento de medio pueblo y el armamento municipal. Mientras se alejaba carretera abajo, Roperó seguía cantando, saludando con el brazo en alto a la noche extremeña, mientras algunos vecinos asomaban la nariz por las cortinas, preguntándose si al señor Alcalde se le había terminado de secar el cerebro o si aquello era un nuevo bando municipal.

Al día siguiente, sobre su mesa, Don Diego encontró un sobre. Dentro, una nota escrita con una caligrafía de maestro republicano:

*"Estimado Roperó: El Caudillo ha disfrutado mucho del jamón. Dice que las mantas le vendrán de perlas a los 'héroes' que dormimos al raso en la Sierra de los Poyales, donde el frío no entiende de jerarquías. Siga ensayando el canto, que desde esta sierra se oía con mucha gracia. Por cierto, las escopetas disparan de maravilla.*

*Firmado: Jesús Gómez, «Chaquetalarga»."*

Dicen que, al día siguiente, en Logrosán, el silencio fue tan espeso que se podía cortar con el mismo cuchillo con el que los maquis se estaban dando un festín a la salud de Su Excelencia.